

Alonso Ramos

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

este santuario, donde volvió con salud y fuerzas para nuevas batallas que se verán en esta historia, y trajo consigo un poco de aceite y otras reliquias que en manos de la fe y caridad de esta esclava de Jesús y su santísima madre dieron salud a muchos enfermos e hicieron otros prodigios y maravillas, de que resultaron nuevas alabanzas a María santísima y honra y gloria a la divina Omnipotencia.

CAPÍTULO 19

DE LA DEVOCIÓN QUE TUVO A LOS ÁNGELES Y SANTOS, CÓMO CELEBRABA SUS FIESTAS, CÓMO LOS INVOCABA Y ALGUNOS FAVORES QUE RECIBIÓ DE ELLOS

1. De los muchos ángeles y santos que invocaba y de las frecuentes y maravillosas asistencias con que la favorecían

[224] Aunque se veía Catarina asistida de Jesús y de María, vivía tan desconfiada de sí, que todo su anhelo era multiplicar intercesiones para con Dios; y así andaba toda cuidadosa en obligar a todos los cortesanos del cielo, dividiéndolos en varias jerarquías o coros para poderles hacer cada día algunos obsequios, trayendo especial presencia de ellos, como lo insinué en el capítulo diecisiete, tratando del modo con que ofrecía el rosario de quince misterios, invocando en cada misterio una de las jerarquías o clases en que tenía distribuidos todos los ciudadanos de la gloria. A los coros de los ángeles saludaba todos los días al amanecer con nueve avemarías por la cuenta de a mil que traía consigo y entre día los invocaba muchas veces, pidiéndoles su patrocinio contra los príncipes y potestades infernales y su intercesión para con Dios. Se valía de ellos para que presentasen en el tribunal de la divina misericordia sus oraciones, acompañadas de los dones y gracias de los mismos celestiales espíritus, con los merecimientos de los justos de la tierra y santos del cielo. Invocaba en particular por su nombre al glorioso arcángel san Miguel, san Gabriel y san Rafael, y al ángel de su guarda con quien tenía más continuos coloquios, pidiéndole su consejo y patrocinio, y que le alumbrase, dirigiese y castigase cuando se apartara del camino en que debía de agradar a su divino esposo.

[225] Con este frecuente recurso a los angélicos espíritus, mereció que el Señor de los ángeles le pusiese por custodios todas las celestiales milicias,

con tal orden y disposición que por algún tiempo continuado experimentaba y veía la asistencia de cuatro ángeles. En otras ocasiones sentía a docenas estas asistencias celestes; en otras a millares, descolgándose de las eternas moradas ángeles a racimos y coros de espíritus innumerables, según la gravedad de sus necesidades, como se vio en el camino de Cosamaloapan, de que hice mención en el capítulo antecedente. Semejante favor se refiere de san Juan Crisóstomo, de quien dice su discípulo san Nilo, que veía casi siempre lleno el templo de ángeles. Pero Catarina veía lleno el templo de las asistencias angélicas, de santos, de los resplandores del Señor de los ángeles y los santos, y no sólo en las iglesias, sino en su casa, en las calles y los campos. Unas veces se le representaban en forma humana con divisas que significaban el fin de su benigna asistencia; porque en las batallas de los demonios se le manifestaban armados, mostrando su valor y su poder en las acciones y en los semblantes. En las batallas contra la pureza se dejaban ver vestidos de esplendores más blancos que la nieve y con ramos, palmas, rosas y azucenas en las manos, para significar que su alma auxiliada de los candores angélicos era lirio resplandeciente entre espinas. En las enfermedades le representaban a la vista varios jeroglíficos de la gloria y de las necesidades del mundo, para animarla a sufrir con mansedumbre con estos motivos las penas y misterios de un infierno. Otras veces se le representaban en forma de luces y estrellas que andaban delante de ella, como que la alumbraban para buscar y hallar a su Dios, y para conocer y huir los ardides, trazas y astucias infernales; y este favor no sólo lo experimentaba en su casa, sino también en la calle y en las iglesias.

[226] Estas luces no sólo la alentaban en las luchas y batallas con los demonios, sino que también la advertían en su continuas penas, congojas y temores, con una hermosa variedad de jeroglíficos y luminosos símbolos, formados de la misma luz; porque algunas de estas luces eran como de bujías, otras de hachones encendidos, otras como de resplandores y globos de luz, otras como de luceros, lunas y soles que se solían alternar con las estrellas y demás símbolos refulgentes. Otras ostentaban las formas de las flores como azucenas, rosas y claveles y de las piedras preciosas, representando al vivo sus colores como de esmeraldas, rubíes y diamantes. Algunas veces venían como llovidas estas luces, mezcladas con muchas perlas sobre esta esclarecida virgen, y matizaban con maravillosa variedad el suelo. Otras veces como escuadrones volantes entoldaban el aire o le cortaban veloces con los rayos de sus resplandores, y se iban repartiendo por el techo y las paredes transformando con viva representación en celestial lo terreno y formando a

su vista un deleitoso jardín de la gloria con tanto lustroso diamante y tantos refulgentes jeroglíficos, que mezclados con los otros símbolos de ramos, flores, rosas y claveles que traían ángeles y santos en las manos, parecía que ya la hermosura del cielo se había bajado a la tierra para tener su habitación en compañía del ornamento pomposo de las plantas, árboles y flores, representando un amable y prodigioso objeto que fuese recreo delicioso a los ojos de esta esposa del supremo príncipe de la gloria.

[227] Se continuaron estas celestiales asistencias por todo el discurso de su vida, menos en los tiempos y años de sus desamparos y oscuridades en que se ocultaban, no porque le faltasen, sino porque se le oscurecían a vista del ángel del gran consejo, que inmediatamente la asistía, visible e invisible, con su santísima madre. Y así en este tiempo no eran frecuentes las visiones de ángeles y santos, si bien algunas veces venían como de paso a manera de relámpagos o rayos de luz apacible a los ojos y amables para el alma metida en oscuridad y tinieblas. Y así podemos decir, que fueron siempre los cortesanos del cielo objeto de Catarina para la recreación de sus sentidos y potencias, como diré más largamente en su propio lugar, cuando trate del modo con que su dichosa alma vivía en el cielo, aun estando su cuerpo animado en la tierra verificándose en ella lo que decía de sí san Pablo, que su conversación no era en la tierra, sino en el cielo, porque en toda su vida le asistieron y acompañaron los ciudadanos de la gloria en forma de cuerpos humanos y gloriosos, o en forma de luces y estrellas, haciéndosele visibles, ya puestas en orden, ya amontonadas, ya pocas, ya innumerables, ya divididas de las flores y ya mezcladas con azucenas, rosas y claveles.

[228] En una ocasión, al querer venir a la iglesia, vio todo el cielo de su aposentillo matizado de tantas refulgentes estrellas, que por no pisarlas se vio obligada a detenerse hasta que se desapareció esta misteriosa alfombra de astros, deseada ambiciosamente de Luzbel, cuando pretendió soberbio que le sirviese de solio un cielo de estrellas [Apostilla: Isaías 14]. En otra ocasión que se vio obligada a mudar de habitación, vio sobre la puerta de la casa del capitán don Hipólito del Castillo y Altra, un sol admirablemente luminoso y una luna hermana menor en sus resplandores, con muchas lucientes estrellas; y vio dentro de la dicha casa un aposentillo de escalera abajo adornado vistosamente de árboles, plantas y flores y lucido de luces y resplandores. Y pocos días después, el dicho noble capitán me pidió con instancias de su gran caridad, depositase en su casa a esta esclarecida virgen. Fácilmente vine en ello porque viviese enfrente de nuestra iglesia y porque quedase al abrigo de tan cristiano caballero en una larga ausencia

para que me estaba previniendo; y mandándole a que pasase a esta casa, fue la última en que vivió y murió asistida de los cortesanos del emperador. Verificándose que donde esta sierva de Dios vivía y de las casas donde se mudaba, eran los jardines y huertos de los ciudadanos del cielo figurados, en el sol la luna en las estrellas, y en la vistosa variedad de las flores, rosas y claveles que anunciaron de antemano la mudanza de su habitación y juntamente la aseguraron de su asistencia, con la prevención de adelantarse para el recibimiento y para que fuesen como las armas y divisa de su morada.

[229] Hablaba también a los ángeles y santos del cielo en sus imágenes y en ellas le respondían cariñosos. Cuando les pedía favor al verse acosada de los demonios, de sus tentaciones y martirios, se le representaban unas con los ojos en el cielo, como que rogaban por ella; otras veces, a su lado, orando; otras con jeroglíficos con que la entretenían y aseguraban; y eran muy frecuentes en este favor los tres arcángeles que nombraba, san Miguel, san Gabriel y san Rafael, con los celestiales ejércitos, desenvainando resplandecientes aceros; otras veces que les pedía ofreciesen sus oraciones como pajitas entre las oraciones de los justos, veía que esta numerosa muchedumbre de astros y de luces remedaba a la otra multitud de veloces espíritus de la escala de Jacob, que con repetido afán subían y bajaban, dándole a entender que subían a presentar sus oraciones y volvían a ayudarla para nuevos merecimientos [Apostilla: Génesis 28].

[230] Por la mayor o menor magnitud de estas luces distinguía el orden de las celestiales jerarquías, por la variedad de las formas en que se le representaban la variedad de los oficios que ejercitaban, y por la misteriosa distinción de los colores, la varia y admirable hermosura de la Iglesia triunfante. Y así, preguntándole un día si conocía entre aquella multitud de luces a san Miguel, me respondió: “Sí, muy bien lo conozco y distingo; pero de ordinario me asiste en la forma en que lo pintamos en la tierra. En las batallas contra los demonios empuña el bastón y la espada; en los vuelos de espíritu que me acompaña y lleva por todo el mundo, suele llevar la insignia de la cruz; y veo que con la sangre de mi redentor, que voy esparciendo como garúa tupida, se van convirtiendo los pecadores y reduciendo los herejes y gentiles, y la misma divisa coge cuando vamos a libertar las benditas ánimas del purgatorio”. Acontecía también muchas veces que estos celestiales paraninfos se transformaban de luces, en hermosos mancebos, así como también los santos gloriosos se le hacían visibles en los malos pasos de las calles, cuando iba y venía de la iglesia, y la llevaban y traían sin mojarse ni enlodarse, estando actualmente lloviendo.

[231] Con el mismo orden y discreción saludaba e invocaba a los ángeles que a los santos, nombrando algunos de cada jerarquía o coros, como al Bautista con los demás profetas; a san Pedro, san Pablo, san Juan y Santiago con los demás apóstoles; a san Sebastián y san Lorenzo con todos los mártires; entre los confesores, a San Ildefonso; entre las vírgenes y mártires a las Ineses, Catarinas y Rosas; a Santo Domingo con sus hijos; a San Francisco, San Agustín, San Pedro Nolasco, Santa Teresa, San Ignacio, San Juan de Dios, a cada uno con los suyos. Y aunque esta devoción era ordinaria, rezándoles algunas oraciones todos los días, al invocarles muchas veces al día, nombraba a muchos más haciendo unas letanías larguísimas de santos y santas, a que correspondían no sólo alcanzando de Dios lo que pedía con su intercesión, sino visitándole y regalándole con su amable presencia muchas veces solos o acompañados los que nombraba; otras, todos los órdenes de los ciudadanos del cielo. Como el escuadrón de los apóstoles, el batallón de los mártires, el ejército de los confesores y el coro de las vírgenes, junto con millares de millares de ángeles. Pero aunque le asistían todos los cortesanos del cielo y la favorecían de competencia, decía Catarina que sus más continuas asistencias eran de Jesús, María, José, Joaquín y la señora santa Ana, que era gran matrona en el empíreo, y los santos de la Compañía de Jesús, porque san Ignacio de Loyola la favorecía ordinariamente visible, ya como patrón defendiéndola, ya como maestro guiándola, ya como sol alumbrándola. Y en apoyo de este su sentimiento refería innumerables favores que debía a este glorioso patriarca y a los demás santos de la Compañía de Jesús, de los cuales, algunos pondré en esta historia.

2. Cómo celebraba sus fiestas y lo que aprovechaba en espíritu con esta devoción

[232] Con este continuo recurso a los ciudadanos de la gloria, crecía en Catarina la devoción y afectos para llamarlos con mayor confianza, renovando por momentos agradecida la memoria de los beneficios que había recibido y dando gracias infinitas por ellos al supremo autor y manantiales de todas las felicidades que tan liberalmente le beneficiaba por la intercesión de sus ángeles y santos, cuyas fiestas celebraba al modo que dije. Se disponía para solemnizar las festividades de la reina de los cielos y de su santísimo hijo con multiplicados ejercicios de oraciones y penitencias en los ocho o nueve días antecedentes, al que en la Iglesia militante se celebran y aplauden sus virtudes y glorias. Todos estos días vivía con especial

recogimiento en su casa, aumentaba las horas de oración, jugaba con más rigor las armas del silicio, ayunos y disciplinas; hacía que le leyesen la vida del santo que celebraba para la imitación de sus virtudes, y con una como continua presencia le pedía fuese su maestro y abogado. Procuraba oír en el templo muchas misas y que se dijese por su intercesión una en su altar; y en el día más desembarazado ofrecía una candela encendida y mientras se consumía, retirada en uno de los rincones de la iglesia, cargada de silicios, pedía al santo glorioso presentase sus ejercicios y oraciones en el tribunal de la divina misericordia, para conseguir lo que deseaba para sí y para todos los necesitados del mundo. Y arrojada a los pies de su abogado y del Señor con lágrimas y suspiros persistía constante en su oración, hasta conseguir de Dios el cumplimiento de los deseos.

[233] Le concedía la Omnipotencia liberal aún más de lo que deseaba, porque se solía hallar al fin de estos ejercicios de su devoción arrebatada al empíreo, donde absorta en una inmensa gloria que gozaba, aunque de paso, y con aquellas cortinas y velos que disponía la divina sabiduría para que esta dichosa alma pudiese participar en la grandeza y majestad incomprendible a todas las criaturas, y de los lucidos resplandores del divino rostro, con cuya refulgente luz veía misterios y secretos tan escondidos que no cupieran en la capacidad de su corazón, si Dios con su poder no la extendiera y dilatara. Y así, al volver en sí, decía lo de san Pablo: “Vi y oí lo que en esta mortal vida no puede verse, explicarse, ni entenderse” [Apostilla: Segunda epístola de san Pablo a los corintios]. Pero añadía algunas como señas y vislumbres con una elocuencia angélica, por donde se podía rastrear algo de la grandeza y hermosura de aquel soberano palacio imperial. Describía aquella majestuosa basílica donde reside la omnipotente majestad de la deidad suprema; pintaba el orden de los tronos de los bienaventurados con la distinción de sus grados y coros; ponderaba la riqueza y belleza de las paredes y calles; contaba la solemnidad y modo con que en aquella corte y patria feliz se festejaban las glorias de los santos en los días que acá en la iglesia militante se solemnizan, gozando ella algunas veces al mismo tiempo de entrambas fiestas con la parte inferior del alma de la de acá y con la superior, de la de allá. Decía finalmente que al volver de estos éxtasis prodigiosos y maravillosos raptos, se le representaban todas las cosas de la tierra tan viles, tan bajas y tan ínfimas que le parecían mucho menos que nada. Y que los cielos que vemos brillar con tantas refulgentes estrellas y resplandecer con tantos lucientes astros, comparados con la real aula del Todopoderoso, parecían mentidas luces y verdaderas oscuridades. Eran estos portentosos

favores muy repetidos, como diré cuando trate de algunos de los santos que con especialidad le favorecieron en esta vida como patronos particulares suyos, señalados de la Omnipotencia; porque como fueron tantos los santos y santas a quienes ella celebraba y procuraba obligar, se alcanzaban y aun se penetraban muchas veces los ejercicios con que los festejaba. Pero, ¿qué no le costaba? Pues sobre el trabajo y afán con que se ejercitaba en honra y gloria de Dios y de sus santos, la perseguía envidioso el Príncipe de las tinieblas, moviendo contra ella todas las potestades del infierno. Mas quedaban confusas y vencidas, viéndola resistir constante y sufrida a todas sus tentaciones, combates, desolaciones, tormentos y martirios, de que salía no solo vencedora, sino con más hambre y sed de más padecer, de más silicios y disciplinas, de más ayunos, de más oración y de más martirios para purificarse hasta poder vivir en aquella corte celestial donde los ciudadanos están más puros que los cristales resplandecientes, y porque todos los hijos de Adán participasen de aquella gloria inenarrable.

[234] Así velaba y oraba Catarina, delante de las imágenes de los santos, sus devotos, para ejemplo y dirección, o para corrección de las veladoras de nuestros tiempos. Catarina velaba a la luz de una candela sola, retirada y en soledad, no sólo de las criaturas, sino en una perfecta desnudez de todos los afectos y apetitos del amor propio; porque si algún ejercicio quiere soledad y recogimiento, es el de la oración, donde las potencias deben estar recogidas y apartadas de todo bullicio y comercio para estar con gusto entretenidas con Dios. De este rato delicioso se privan las que para velar en las iglesias o en sus oratorios convocan las amigas y vecinas para entretener el tiempo en conversaciones inútiles. Catarina velaba cargado de silicios su delicado cuerpo, ya antes extenuado con disciplinas, ayunos, lágrimas y otras asperezas, para modelo y enmienda de las que previniendo comidas con pretextos de velar, hacen del templo y casa de oración lugar de recreo a todos sus sentidos, canonizando el buen día que han tenido con Dios y con sus santos. Como las otras que profesaban espíritu, de quienes refiere san Jerónimo que después de bien comidas y parladas, decían: “¡Oh, qué buen día que he tenido! Bástame a mí mi conciencia: corazones come Dios, gusta su Majestad de los espíritus alegres. Nunca permita que me abstenga de la sangre de Cristo, que es donde se nos brindan sus misericordias”. Y más misericordioso se mostraría el Señor con estas almas malamente devotas si saliera de su tabernáculo y con un azote en la mano las echara de su templo; porque no lo profanasen con pretexto de devoción, con sobrescrito de piedad y con nombre de servicio, hablando y comiendo con la libertad que pudieran en

los jardines de sus recreaciones profanas. Éstas salen de los templos contentas y regaladas, pero llenas de nuevas culpas. Catarina salía en ayunas, pero llena de Dios y de sus gracias, porque iba a las iglesias a velar y orar y no a hacer locutorios, cenáculos y dormitorios de los templos. En una ocasión se divirtió un poco con este género de veladoras y luego se sintió desamparada de lo interior, de Dios y de sus santos. Y quejándose afligida a su esposo de la inopinada ausencia, le respondió: “Pues si tú te vas y me dejas por las criaturas, ¿qué mucho que no me halles?, ¿qué mucho que yo me ausente?”.

CAPÍTULO 20

DE LOS CAMINOS Y MODO CON QUE DIOS LA LLAMO A MAYOR PERFECCIÓN

1. Misterioso camino que hizo la sierva de Dios en espíritu entre floridos jardines y ásperos montes

[235] Para alentar Dios a sus escogidos a escalar el cielo a costa de trabajos, tribulaciones, peligros y persecuciones, acostumbra mostrarles las veredas; y para asegurarlos de la corona que esperan, manifestarles con misteriosos enigmas el premio: este fue el misterio de la escala que vio Jacob en sus principios, por donde subían y bajaban ángeles, a vista del mismo Dios, que estaba arrimado a la escala en el cielo, haciéndole grandes promesas, y todo esto fue figura del camino seguro por donde le había de guiar la providencia divina. No careció de esta prerrogativa la venerable Catarina de San Juan, porque dejando para casos particulares de esta historia muchas misteriosas visiones de escalas, unas de oro y otras de nubes resplandecientes llenas de celestiales paraninfos que la convidaban a la subida; y la alentaban, asegurándola de su patrocinio y de la asistencia de Jesús y María que se le ponían a la vista algunas veces en la cima de las escalas para darle la mano, otras en el primer escalón o grada para subirla en sus divinos brazos. Desde su niñez comenzó el Señor a alumbrarla, mostrándole los caminos por donde quería su Majestad llevarla llena de gracias y merecimientos. Bien simbolizada queda esta verdad en los prodigios escritos en todos los antecedentes capítulos, comenzando el cielo a señalarla con portentos y maravillas, aun antes de nacer, que fueron creciendo con la edad, con el uso de la razón y con el ejercicio de las virtudes en Catarina, hasta hacerla admirable y asom-

brosa en el mundo. A este fin también se ordenaban aquellas multiplicadas visitas y favores que antes y después de ser bautizada experimentó de María santísima y de su santísimo hijo, con que la dejaban tan llena de amor, que abrasada en el divino fuego, de día y de noche prorrumplía en lágrimas y gemidos, ansiosa de hallar y seguir a Cristo, diciendo: “¿Dónde te hallaré, Dios mío? ¿Dónde te buscaré, dónde te veré y podré gozar a solas de tus amorosos brazos, sin que las criaturas nos vean, impidan, ni estorben?”.

[236] Con estas voces obligó en su niñez al Señor que se le dejase ver, no en forma de nazareno, como ya dije en la relación de sus peregrinaciones, sino en forma de mancebo galán, que pasando junto a ella, le robó los afectos y la obligó a seguirle con presteza y velocidad; pero apresurando el paso Jesús, por no perderle de vista, se vio necesitada a correr en pos de él, hasta que entrándose el Esposo por la puerta de un jardín bien cultivado y florido, entreteniéndose por la población amena y vistosa de las flores, comenzó a convidarla con su belleza y fragancia, cortándole algunas de las que más sobresalían en aquella deleitosa república, tan bellamente variada, para que se detuviese como hortelana hermosa entre las rosas, o como rosa resplandeciente entre las flores y claveles. Pero iba Catarina tan enamorada de su amado que sin reparar en sus dones, temerosa de que se le huyese de entre las manos, le dijo: “Deja Señor esas flores, que a ti te busco sólo, sólo a ti quiero, sólo en ti descanso; porque tú sólo eres la bella flor del campo y el lirio hermoso entre las espinas, tú eres el tesoro de mi corazón y el término de mis ansias; sólo por ti suspiro y por ti muero”.

[237] “Pues sígueme”, dijo el divino amante, y cogiendo el camino de un monte fue en su seguimiento esta su querida esposa; y aunque subía cuesta arriba con afán y trabajo, iba gustosa hasta que se encontraron con un grande río, cuyo paso guardaba un terrible y espantoso perro. Comenzó éste a azorarse luego que vio a esta tierna y esclarecida virgen, y ladrándole, mostró amagos de embestirla y despedazarla. Se turbó y se detuvo con la vista de la bestia fiera; e irritada y en esa detención vio que su amado se iba alejando de la otra parte del río, y entre los temores de perderle y deseos de acompañarle comenzó triste a llamarle. Y volviendo el divino esposo su rostro a la voz suave de su querida esposa, le dijo que por qué se detenía, que por qué no pasaba. Respondió ella atemorizada: “Temo Señor que me muerda este mastín que me amenaza rabioso”. “Ea, pasa”, añadió el Señor y con sólo esta voz se halló Catarina de la otra parte del riesgo sin temor y sin otro cuidado que el de saber lo que significaban muchas cabezas humanas que se descubrían sobre las aguas de aquel extendido y caudaloso río, fijando todas en ella los ojos, como pidiéndole favor y patrocinio.

[238] Prosiguió este camino siguiendo a su querido esposo, ya entre espinas, ya por barrancas, ya por guijas,⁸⁶ ya por desiertos, ya por despeñaderos, ya por sombras oscuras y palpables, encontrándose otros pasos más horrorosos de dragones, tigres, leones y otras fieras, pasando varios ríos más de metales derretidos que de aguas, unos de color de sangre, otros cenicientos y otros negros; unos poblados de alacranes, otros de lagartos y caimanes, todos horribles y espantosos; se encontró también con un voraz y dilatado incendio, que le impedía por todas partes el paso. Pero pidiendo socorro a su amado, con sólo oír la amable voz de que pasase adelante, se hallaba fuera de los peligros, salva, alegre y agradecida al amor y poder con que la favorecía su divino amante. Llegó finalmente a unos amenos y deliciosos campos, matizados con la variedad vistosa de las flores, donde haciendo reflexión sobre sí misma, se vio cual niña alegre, vestida de un velo blanco saltando y jugando con lo rojo y encarnado de las rosas, con lo cándido de las azucenas y jazmines, con lo amoroso de las violetas y con toda la demás belleza de los colores que hermozeaban repartidos en varias flores el campo alegre y risueño en sus movimientos a beneficio de un suave y delicado viento. Iba algunas veces asida de la divina mano de su esposo; otras sobre sus hombros; otras siguiéndole a buena distancia; un rato alegre, otro temerosa, otro triste, pero siempre entretenida con la presencia de su divino amante; hasta que a una vuelta de cabeza, se halló afligida por haberse puesto crucificado en una cruz su querido esposo, con cuya vista llena de amarguras congojosas su alma, oprimido y aprensado su corazón, con la pena se resolvió a perseverar constante al pie de la cruz hasta la muerte, acompañando a su divino amante, que estaba como difunto. Y estando en esta determinación se bajó de la cruz su amado; cesó la visión y se halló sin saber cómo en su casa, con más ardientes deseos de buscar y seguir a Jesús por penas, por tribulaciones y por cruces.

2. De otros misteriosos caminos que anduvo Catarina en espíritu y cuán peligrosa es para las almas la falta de inteligencia y experiencia en los confesores

[239] Y no fue poco pesada la que se le acreció a Catarina por haber referido este viaje a ciertos confesores de los que no habían andado por los caminos del espíritu, ni posado en las moradas del honesto y divino amor, para quienes dice san Bernardo que el idioma del trato de Dios y la lengua del espíritu

86 Piedra lisa y pequeña que se encuentra a la orilla de los ríos.

es una bárbara algarabía, porque como no conocen ni entienden el lenguaje, juzgan escándalos las que son finezas de Dios [Apostilla: San Bernardo, *Sermo 61 in Canticis*]. Esta desgracia experimentó María Magdalena, cuando arrojándose a los pies del Salvador [Apostilla: Lucas, 7] para mostrar con esta ceremonia que ya era sierva y esclava suya, regándose con tanta copia y avenida de lágrimas, imprimiendo en ellos sus labios y boca y limpiándose con las madejas de su delicado cabello; entonces murmuraron de ella y del divino amante, que con los arpones de sus llamamientos le traía a la fuente clara de su salud para curar sus llagas. Así le sucedió a Catarina: le oían decir que andaba en seguimiento de su esposo por jardines, florestas y montes, perdida por hallarle y restada a no apartarse de sus pies; y como no tenían noticia los que la oían de las honestas escenas del amor divino, no la entendían, y en lugar de animarla a buscar con más encendidos deseos a su Dios, procuraban arredrarla y apartarla con ceños, reprehensiones y castigos, quitándole la comunión y negándole la absolución. Pero cuanto más procuraban los hombres resfriarla, se hallaba más encendida en sus castísimos amores y andaba alambicando el corazón por los ojos y desfogando el incendio que abrasaba por la boca con suspiros y voces, diciendo: “¿Dónde te hallaré? ¿Dónde te buscaré? ¿Dónde te perdí? Volvamos, Señor, al camino del monte”; a donde volvía Dios a llevarla por sendas y veredas distintas, aunque no menos misteriosas, y que le causaban nuevos deseos y ansias y suspiros que le servían de nuevas tribulaciones, hasta que Dios le mudó los confesores.

[240] No explicaba esta sierva de Dios estas visiones ni el misterio de estos caminos, porque suficientemente se explica y entiende de ellos que el Señor había de ser solo el maestro de esta escogida virgen, sin fiar su magisterio a las criaturas, porque como dijo santa Teresa: “Es muy delicado el lenguaje del espíritu divino y muy dificultosos de percibir sus impulsos”. Por esto iba Jesús solo guiando a su discípula en la instrucción de su camino hasta el pie de la cruz, adonde como otra María puesta a sus pies estuviese pendiente de su divina palabra, oyendo con atención su doctrina. Se significaban también en estas visiones las muchas penas y tribulaciones que había de padecer, mezcladas y alternadas con gustos y delicias del cielo: el huerto florido de virtudes que había de florecer en su alma para recreo del divino esposo; lo que había de ayudar y favorecer a los que viven dentro de las aguas del mundo con peligro de ahogarse y a los que penan en las llamas del purgatorio; los ardientes deseos que había de tener de verse crucificada con Jesús amante de las almas. Y esto parece que era lo que significaban

aquellas voces tan repetidas de Catarina: “Volvamos Señor al monte, donde amenazada de fieras, rodeadas de riesgos, atemorizada de incendios, acosada de tribulaciones, perseguida de demonios, y afligida con la soledad y desamparada de todos al pie de la cruz, goce yo de tu compañía, de tus afrentas, de tus dolores, de tus agonías, ansias y congojas de muerte”. Verificándose en esta fervorosa y enamorada virgen, lo que dijo la otra alma santa al divino esposo: “Llevadme, Señor, en pos de vos, que corriendo vos correré en seguimiento vuestro, hasta gozar las fragancias de vuestros ungüentos o divinas virtudes” [Apostilla: Cantares 1].

[241] En otras muchas visiones, brindó Dios su cáliz lleno de varios trabajos a esta su querida sierva y esclava, como se verá en todo el discurso de su vida, y baste ahora para prueba de esta verdad la siguiente. Estaba un día con ardientes deseos de verse con su divino esposo en el monte, y se le representó su Majestad en el paso de los azotes algo distante de ella, estando de por medio un gran batallón de tupida armería de picas, lanzas, chuzos, espadas y otros instrumentos de guerra, las puntas hacia ella para impedirle el paso. Se abrasaba juntamente su pecho con crecidos deseos de verse a los pies de su amado, y al paso que se aumentaban los temores del corazón, a vista de tanta hostilidad horrorosa que la detenía, crecían en Catarina las ansias y alientos para atropellar con todos los escuadrones armados. En esta lucha de temores y deseos, advirtió que la llamaba el Señor, herido y maltratado, y con la eficacia de este suave llamamiento comenzó ciega de amores y de obediencia a sufrir por las puntas de las lanzas y demás instrumentos de guerra, para abrazarse con su querido, aunque le costase el llegar herida y despedazada como llegó, cayendo a los pies de su redentor, traspasado su cuerpo de dolores y bañada de gustos y consuelos su alma.

[242] Con estas y otras semejantes visiones disponía la providencia divina el corazón de Catarina, previniéndola con los varios cálices que se había de echar a pechos, para llegar a aquella altura de perfección a que quería su Majestad levantarla. Y como iba creciendo en las virtudes, se iban aumentando los cálices, hasta llegar a una indecible y desmedida grandeza los trabajos, las calamidades, las persecuciones, los tormentos y los martirios que padeció por el bien del universo, cuyo remedio pedía y negociaba, y por la gloria de su Dios con tanto consuelo de su alma y resignación en la divina voluntad, que repetía muchas veces lo de la otra esposa santa: “Hasta que llegue el día de la eternidad y se acaben las sombras de los temores de esta miserable vida, he de andar a imitación de mi esposo, de un monte a otro: del monte de la mirra al collado del incienso” [Apostilla: Cantares

4]. Por lo amargo de la cruz y de la tribulación, deseaba Catarina llegar a crucificarse con Cristo, y para poder perseverar en este tan trabajoso camino, recurría al collado del incienso de la oración; porque sin ésta fuera pretender volar sin alas, andar sin pies y navegar sin viento. Andando pues con esta hambre de imitar a su querido amante, le propuso su Majestad un día una cuestión, diciéndole: “Dime, Catarina, cuál es mejor, ¿subir al cielo como Pablo o como Ignacio?”, como si le dijera: “¿Quieres imitar a san Pablo, que con una repentina luz se puso de un vuelo como pájaro ligero desde la falda de un monte, en la cima de su cumbre; o a San Ignacio, que subió por el ejercicio de las virtudes en continuas batallas?”. A que respondió Catarina: “Yo no entiendo, Señor, de esas mejorías. Sólo deseo padecer mucho por tu amor, por mis culpas, por los pecados del mundo y que se haga en mí tu santísima voluntad”. Ponderemos esta respuesta de la sierva de Dios para que se entienda lo heroico de su virtud, aun en los primeros pasos que dio en el camino de la perfección.

[243] A otro hubiera hecho Cristo la insinuada pregunta que, en materia de crecer y más crecer en espíritu, le parecieran pasos de tortuga aun los más veloces vuelos del Apóstol, sin acordarse que a lo más alto y a lo sumo de la perfección, se ha de subir poco a poco y no de repente, por el riesgo del fatal precipicio que amenaza en las apresuradas y muy encumbradas subidas. ¡Oh, cuán importante fuera la inteligencia y más la práctica de esta cristiana y prudente política para no errar en el camino del cielo! ¡Oh, cuántos pretendieron subir hasta el trono de Dios como Luzbel, y eso sin trabajo, de repente y de un sólo vuelo!, Pero todo es ansioso deseo de subir y crecer, paró en caer como cayó Lucifer; y como cayó el otro Ícaro soberbio, que con unas alas pegadizas quiso volar o caminar por el aire, sin temer los ardores del sol ni los rayos de su fogosa luz, y derriéndosele la cera que unía las plumas de sus alas, las perdió y se precipitó en el mar; merecido naufragio y justa caída, porque pretendió sin consejo volar más de lo necesario. Catarina no deseo crecer ni subir tanto que cayese y se precipitase, porque era tan humilde que no apetecía ascensos y levantamientos, ni aun entendía esos nombres, atendiendo sólo a deshacerse en un sumo padecer y en amargas lágrimas derramadas por sus culpas, dejándose en la voluntad de Dios para que le abatiese o subiese con su libre, absoluto y sabio querer. Y en esto mostró la sierva de Dios su grande capacidad y prudentísimo acuerdo, pues sólo el Altísimo sabe y puede hacer crecer y levantar a sus escogidos, sin precipitarlos; porque los hombres acostumbran deshacer al

que hicieron y aniquilar al que ensalzaron. Asuero⁸⁷ es un buen ejemplo para testimonio de esta verdad, pues habiendo levantado tanto a su valido Amán, que le puso solio sobre el de todos los príncipes de su reino, le pasó desde esa honra y exaltación a la afrentosa fatalidad de una horca [Apostilla: Ester 3]. Aprendamos de Catarina a reprimir y a refrenar nuestros ambiciosos afectos. No presumamos ni nos soñemos de repente en lo sumo de la perfección, sírvannos de ejemplares para el escarmiento Amán y Luzbel, y para la imitación los doctores y discípulos de Cristo a quienes comparó el Señor al sol; porque al modo que el sol alumbrar y vivifica al mundo material, han de alumbrar y encender al mundo racional las almas espirituales, o con su ejemplo para la edificación o con su doctrina para la común enseñanza. El sol cuando nace no luego aparece todo, poco a poco va esparciendo sus luces y extendiendo sus resplandores, va subiendo por los grados y del nacer al morir gasta muchas horas, sepultándose todos los días en su ocaso para volver a nacer renovado en sus ardores y lucimientos. Poco a poco fue creciendo esta sierva de Dios en la perfección, y así caminó como el sol material y como el sol de justicia Cristo, que con ser suma la grandeza de su perfección para nuestra enseñanza, primero se mostró al mundo en mantillas, después sin tener sobre qué reclinar la cabeza, y últimamente para hacer ostentación de la fineza de su amor, se desnudó en su pasión y muerte de sus propios vestidos. Que es bien se ordene el alma de perfecta como se ordena el cristiano de sacerdote, subiendo por sus grados hasta llegar al orden supremo. Así fue subiendo esta escogida y dichosísima alma por sus grados a la perfección, quitando vicios y planteando virtudes; arrancando malezas y aumentando la gracia con que por instantes se limpiaba, purificaba y renovaba, para conservarse y crecer en el camino de la perfección y hermosura de la virtud. Demos ya principio a la narración de algunas de sus heroicas virtudes, para el consuelo y provecho del piadoso lector, hambriendo de imitar y seguir a esta escogidísima alma hasta la cumbre de la mayor perfección que se dignó el Señor colocarla, para nuestra ejemplar maestra.

87 En la Biblia, el esposo de Ruth, que reinó “de la India a Etiopía”.